

senta el objeto pedido algunas horas después, á veces al día siguiente, de un modo inesperado y cuando ya no es tiempo, sólo por demostrar su celo.

La voluntad, propiamente hablando, no obedece jamás á la inteligencia: ésta no es más que el consejo de ministros de la voluntad soberana, á la cual somete todo género de proyectos, entre los que elige la voluntad el que conviene á su esencia; mas en esta elección se determina con necesidad, puesto que su esencia es inmutable y los motivos están dados de presente. Por eso no hay moral que pueda formar ni corregir la voluntad. Toda enseñanza obra sólo sobre el conocimiento, y éste no determina jamás la voluntad misma, ó sea el carácter fundamental del querer, sino sólo su aplicación á circunstancias dadas. Un conocimiento más perfecto que el ordinario sólo puede modificar la conducta en el sentido de que presentará á la voluntad los objetos entre los cuales puede elegir de una manera más precisa y que permita juzgarlos mejor; la voluntad podrá apreciar mejor sus relaciones con tales objetos, verá más claramente lo que pide y estará menos expuesta á errar en la elección. Pero en cuanto al querer en sí mismo, en cuanto á su tendencia general y á su principio fundamental, la inteligencia no puede cambiar nada. Creer que el conocimiento determina efectiva y enteramente la voluntad, es suponer que la linterna que llevamos de noche para alumbrar nuestros pasos, es el *primum mobile* de nuestra marcha.

Ilustrados por la experiencia ó por las advertencias ajenas, reconocemos y deploramos los vicios de nuestro carácter; tomamos la firme y sincera resolución de corregirnos y de emanciparnos de ellos, mas esto no nos impide recaer en la primera ocasión, tras la cual viene un nuevo arrepentimiento, un nuevo propósito

de enmienda y una nueva recaída. Tras algunos ensayos semejantes, el hombre se persuade de que no puede corregirse, de que la falta está en su naturaleza y en su personalidad, incorporada á ella. Entonces condenará y maldecirá su naturaleza y su personalidad; experimentará un sentimiento doloroso que podrá elevarse hasta el remordimiento de conciencia; pero, no obstante, no podrá mudar.

Aquí observamos una separación bien marcada entre el que pronuncia la condena y el que la sufre; vemos al uno, á una facultad puramente teórica, trazar y presentar al otro la línea de conducta meritoria y apetecible, y al segundo, como dato real é invariable, desafiar al primero y seguir un camino diferente, después de lo cual el primero repite sus lamentaciones estériles sobre la naturaleza de aquel con el que esta misma desolación le identifica de nuevo.

La divergencia entre la inteligencia y la voluntad aparece bien marcada. La voluntad muestra ser la más fuerte. Es lo indomable, lo inmutable, lo primitivo y, al mismo tiempo, lo esencial en la cuestión. La inteligencia sólo puede deplorar las faltas de la voluntad, y el hecho de haber visto la verdad, que es su función propia, no le proporciona consuelo alguno. Es, pues, perfectamente secundaria; en parte por su calidad de espectador de los actos de la voluntad, á los que acompaña su elogio ó su censura, por igual impotentes; y en parte por ser modificable desde fuera, puesto que, siguiendo las lecciones de la experiencia, es como formula y corrige sus preceptos. Acerca de este asunto hago consideraciones especiales en *Parerga* (volumen II, § 118).

De conformidad con esto, si comparamos nuestra manera de pensar en diferentes edades, observaremos



una mezcla singular de constancia y variabilidad. Por un lado la tendencia moral sigue siendo en el hombre hecho y en el anciano lo que era ya en el niño; por otro, tantas cosas han llegado á ser extrañas al individuo, que no se reconoce á sí mismo y se asombra de haber podido decir ó hacer tal cosa. En la primera mitad de la vida, el presente se ríe de lo pasado y casi lo mira con desdén; en la segunda, ese desdén se trueca cada día más en envidia. Examinándolo bien se hallará que lo que ha cambiado ha sido la inteligencia con sus funciones de observación y de conocimiento, las cuales, apropiándose constantemente nuevos materiales de fuera, nos representan á cada instante nuevos sistemas de pensamientos, mientras el intelecto mismo sube ó baja en razón al desarrollo ó á la decadencia del organismo. Por el contrario, se ve que lo que no ha variado en la conciencia es su base misma: la voluntad, esto es, las inclinaciones, las pasiones, los afectos, el carácter; prescindiendo de las modificaciones debidas á la facultad de gustar los placeres físicos, facultad que depende de las edades. Así, por ejemplo, el apetito de placeres sensuales que se traduce en gula en los niños, se convierte en lujuria en la juventud y la edad viril y vuelve á ser gula en la vejez.

7) Si, según la creencia general, la voluntad se derivase del conocimiento, como resultado y producto suyo, sería forzoso que una gran voluntad fuese acompañada siempre de mucho conocimiento, juicio é inteligencia. Pero no es así; más bien se encuentra en muchos hombres una voluntad fuerte, es decir, una voluntad firme, resuelta, perseverante, inflexible, terca y arrebatada, junta con un entendimiento muy débil é incapaz. Por eso nos exaspera el tropezar con

personas de esta índole, pues su voluntad es inaccesible á todo razonamiento y á toda observación; no se sabe qué hacer con ellas y parecen como encerrados en un saco, desde el fondo del cual no saben más que emitir ciegamente su voluntad. Los animales, con mucha menos inteligencia que el hombre, poseen una voluntad muy vehemente ó muy tenaz. Las plantas no tienen más que voluntad sin conocimiento.

Si la voluntad proviniera sólo del conocimiento, la ira debería ser siempre rigurosamente proporcionada á su causa ó al menos á nuestra comprensión de esta causa, pues no sería en esa hipótesis más que el resultado del conocimiento presente. Mas esto no acaece casi nunca; lo general es que la ira exceda con mucho de sus motivos. Nuestro furor y nuestra rabia, ese *furor brevis* que se apodera de nosotros con cualquier ocasión, á veces insignificante, y cuya futilidad sabemos perfectamente, se asemeja á las vociferaciones de algún demonio malo, que desde su prisión acecha el momento de poder escaparse y que prorrumpe en gritos de triunfo cuando se encuentra en libertad. Esto no podría ocurrir si el fondo de nuestro ser fuese el conocimiento y la voluntad un mero resultado; pues ¿cómo entraría entonces en el producto algo que no se hallase ya en sus factores? ¿Puede contener la conclusión más de lo que contengan las premisas? Aquí también la voluntad se muestra diferente del conocimiento, del cual se sirve sólo para comunicarse con el mundo exterior, siguiendo ella las leyes de su propia naturaleza, y no tomando del intelecto más que la ocasión. La inteligencia, como mero instrumento, se diferencia de la voluntad como el martillo se diferencia del herrero. Mientras en una conversación sólo la inteligencia se halla en actividad, ella per-



manece serena y fría. Diríase que el hombre no asiste en persona. Así, en una conversación de este género no dirá nada que le haga odioso; á lo sumo se pondrá en ridículo. Pero que la voluntad entre en juego, y en seguida aparecerá allí el hombre entero; la discusión adquirirá calor y hasta llegará á ser ardiente. A la voluntad es á quien hay que atribuir siempre el *calor* vital; por el contrario, se dice: el *frío* conocimiento, el *frío* examen, lo cual quiere decir: sin la participación de la voluntad. Si se quiere invertir la relación y hacer de la voluntad el instrumento de la inteligencia, es como si se hiciera del herrero el instrumento del martillo.

En una discusión en que se emplean argumentos y explicaciones, y en que nos tomamos todo el trabajo posible para convencer á nuestro contrincante, persuadidos de que tratamos con su entendimiento, no hay nada tan molesto como advertir que ese hombre no *quiere* comprendernos, que tenemos que habérmolas con su voluntad, que se niega á reconocer la verdad, é introduce deliberadamente confusiones, subterfugios y sofismas, atrincherándose detrás de su inteligencia y pretendiendo que ésta es demasiado débil para comprender. Es evidente que en estas condiciones no hay medio de hacer carrera de un hombre semejante, pues emplear razones y pruebas contra la voluntad, no produce más efecto que la imagen que en el foco de un espejo cóncavo viniera á chocar con un cuerpo sólido. De ahí viene esta máxima tan repetida: *Stat pro ratione voluntas*.

En la vida común y ordinaria, abundan las pruebas de lo que acabamos de decir, y desgraciadamente son frecuentes también en el dominio de las ciencias. No hay que esperar de los hombres que reconozan las

más elevadas verdades, ni que aprecien las obras de más raro mérito, cuando tienen interés en no hacerlo, ya sea porque contradicen lo que ellos enseñan diariamente, ó bien porque no tienen permiso para admitir y propagar estas ideas, ó ya porque en todo tiempo la divisa de las medianías ha sido ésta: si alguien sobresale entre nosotros, que se vaya á sobresalir á otra parte; que es como Helvetio ha expresado ingeniosamente la máxima de los efesios que se encuentra en el libro V de las *Tusculanas* de Cicerón (cap. 36). El abisinio Fit-Arari, ha expresado el mismo pensamiento en esta forma: «el diamante es mal visto entre los pedruscos». Quien espere ver dignamente apreciadas sus obras por esa jauría, cada vez más numerosa, se verá chasqueado y en el primer momento no podrá concebir siquiera esa actitud. Es que tiene que habérselas con la voluntad; su caso es, pues, idéntico al que hemos descrito antes, ó mejor todavía, al de un litigante que presenta su demanda á un tribunal de jueces vendidos.

Habrà ocasión en que podrá adquirir la prueba palpable de que es la voluntad de los que así proceden y no su inteligencia lo que le es contrario: esto lo observará cuando alguno de aquellos se ponga á plagiarle. Verá entonces, con sorpresa, cómo son inteligentes en la materia los tales, qué tacto infalible tienen para apreciar los méritos de otro y con qué seguridad saben escoger lo mejor, de igual modo que los gorriones jamás dejan de descubrir las cerezas más maduras.

Lo contrario de esta resistencia victoriosa de la voluntad contra la inteligencia, acaece cuando exponemos nuestras razones y nuestras pruebas, teniendo ganada de antemano la voluntad de la persona á quien nos dirigimos. En este caso todo se prueba rápida-



mente, todos los argumentos son persuasivos y la cuestión parece clara como la luz del día. Los oradores populares saben á qué atenerse en este punto. En el uno como en el otro caso, la voluntad manifiesta una fuerza inmensa, contra la cual es impotente la inteligencia.

8) Voy á examinar ahora las propiedades individuales, es decir, las cualidades y los defectos de la voluntad, y el carácter, por una parte, y la inteligencia, por otra, á fin de mostrar igualmente por su mútua relación y su valor relativo, la diferencia radical que existe entre esas dos facultades fundamentales.

La historia y la experiencia nos enseñan que esas facultades se encuentran independientes de hecho una de otra. Se comprende sin dificultad que una gran perfección intelectual no vaya unida á una gran superioridad de carácter, por la razón sencilla de que cualquiera de esas dos cualidades es muy rara, mientras que los defectos contrarios se encuentran á cada paso, y por lo mismo los hallamos fácilmente reunidos. Sin embargo, no se deduce jamás de una inteligencia privilegiada un carácter firme, ó viceversa, ni del defecto contrario á una de estas cualidades puede deducirse el contrario de la otra. La imparcialidad obliga á considerarlas como cualidades distintas, cuya existencia separada acredita la experiencia.

Una inteligencia muy limitada puede coincidir con una gran bondad de corazón. Creo que Baltasar Gracián (en *El Discreto*, pág. 406) no tiene razón al decir: «No hay simple que no sea malicioso» (en castellano). Es posible, sin embargo, que algunos hombres ineptos se hagan malos por la misma razón por la cual lo son á veces los jorobados, es á saber, por el sentimiento de amargura que les produce la humillación que les

ha inferido la naturaleza, y porque acaso creen poder suplir eventualmente el ingenio que les falta con la perfidia, la cual les proporciona algún efímero triunfo. Esto nos explica también por qué cualquiera se se vuelve fácilmente malo para con una personalidad muy superior.

Mas, por otra parte, las gentes obtusas pasan frecuentemente por personas de muy buen corazón. Como esta reputación rara vez resulta justificada, me asombraba de que hubieran podido adquirirla, hasta que di con la clave, que se halla en las consideraciones que voy á exponer. Cada hombre, impulsado por una inclinación secreta, elige con preferencia para su trato íntimo á algún individuo al cual sea un tanto superior en ingenio; con una persona así es con quien se sentirá á sus anchas, pues, como dice Hobbes: «*Omnis animi voluptas, omnis alacritas in eso sita est, quod quis habeat quibus cum conferens se, possit magnifice sentire de se ipso*» (*De Cive*, I, 5). Por la misma razón, cada cual evita la intimidad de quien le es superior; lo cual inspira á Lechtenberg la reflexión de que «para ciertos individuos, un hombre de talento es un ser más enojoso que el bribón más redomado». También Helvetio dice: «las medianías tienen un instinto seguro y rápido para conocer á las personas de ingenio y huir de ellas». El doctor Johnson declara que «nada exagera tanto á la mayoría de las personas como ver á un hombre desplegar su talento superior que le hace brillar en la conversación. Aparentan experimentar complacencia en el momento, pero su envidia hace que le maldigan en el fondo de su corazón». Para hacer resaltar más esta verdad tan general cuidadosamente oculta, citaré todavía un pasaje de Merk, el célebre amigo de Goethe en la juventud, pasaje tomado de su



cuento titulado *Lindor*: «Poseía talentos naturales y otros adquiridos por el estudio, gracias á los cuales se distinguía en sociedad de un modo sobresaliente. Aunque el público, mientras experimenta la seducción de un hombre superior soporta estos méritos sin guardarle rencor por ellos en el momento, le queda, sin embargo, cierta impresión malévola. Si esta impresión se reproduce frecuentemente, podrá después, en circunstancias importantes, tener consecuencias desagradables para el que la ha producido. Sin que nadie se confiese á sí mismo sentirse herido por los adelantos de un hombre semejante, cada cual procurará interceptarle el camino.»

Como acabamos de ver, una gran superioridad intelectual aísla más que cualquier otra cosa y expone al odio, al menos al odio disimulado. La razón contraria hace que sean amadas tan generalmente las personas torpes, entre las cuales hallan muchos su complemento por virtud de aquella ley natural que antes hemos mencionado. Pero nadie quiere confesarse á sí mismo, y menos confesar á los demás los motivos reales de esta predilección, y como pretexto plausible se atribuye al objeto de estas simpatías una gran bondad de corazón, lo cual no impide que esta cualidad se encuentre rara vez y sólo por casualidad unida á la falta de inteligencia.

La debilidad del entendimiento no es circunstancia favorable á la bondad de carácter ni correlativa de ésta. Pero, por otra parte no se puede, afirmar tampoco que una gran inteligencia lo sea, y, en cambio, no ha existido ningún gran malhechor que no fuese inteligente. Una extremada perversidad moral puede existir junta con la más alta superioridad intelectual. Veamos un ejemplo en Bacón de Verulamio: ingrato,

ambicioso, maligno y vil, llegó muchas veces en su calidad de Lord Gran Canciller y Juez Supremo del Reino, hasta á venderse en los pleitos civiles. Acusado ante sus Pares, confesó sus crímenes, fué expulsado de la Cámara de los Lores, condenado á una multa de 40.000 libras esterlinas y encerrado en la Torre de Londres. Pope le llama «el más sabio, el más ilustre y el más vil de los hombres». Otro ejemplo nos ofrece el historiador Guicciardini, respecto del cual dice Rosini en las *Notizie Storiche*, inspiradas en las mejores fuentes, que acompañan á su novela histórica *Luisa Strozzi*: «Para los que colocan la inteligencia y el saber por encima de todas las cualidades humanas, este hombre será de los más grandes de su siglo; pero los que juzgan la virtud superior á todo, nunca execrarán bastante su memoria. Fué el más cruel entre sus conciudadanos para perseguir, mandar asesinar y deterrar.»

Cuando se oye decir de un hombre que tiene buen corazón pero mala cabeza y de otro que es un buena cabeza pero tiene mal corazón, comprende cualquiera que en el primer caso el elogio se sobrepone á la censura y en el segundo la censura al elogio. Con esto concuerda el hecho de que cuando alguno ha cometido una mala acción, vemos que sus amigos y él mismo se esfuerzan en imputar á la inteligencia el pecado de la voluntad y en presentar los defectos del corazón como faltas de la cabeza; á los hechos más perversos los llamarán errores; dirán que hubo ignorancia, irreflexión, aturdimiento, torpeza y hasta, si es preciso, alegarán una sobreexcitación ó un desorden momentáneo del espíritu, y si se trata de un crimen, hasta la enajenación mental, á fin de disculpar á la voluntad. Nosotros mismos, cuando hemos producido algún daño, preferi-



mos acusarnos ante los demás y ante nosotros mismos de *stultitia* á fin de eludir la acusación de *malitia*. De igual modo, ¿qué inmensa diferencia moral no existe entre dos fallos igualmente inicuos, dictados el uno, por un juez ignorante y el otro por un juez prevaricador?

Todo esto prueba que la voluntad es el elemento real, esencial é íntimo del hombre, y que la inteligencia no es más que su instrumento; éste puede ser defectuoso sin que el individuo sea responsable de ello. Ante el tribunal moral la acusación de falta de inteligencia no constituye un delito; más bien origina privilegios. Asimismo, ante los tribunales de los hombres basta, para eximir á un criminal de toda condena, transportar la culpa de la voluntad á la inteligencia, probando que hubo error inevitable ó enajenación mental, pues en este caso el hecho no tiene mayor gravedad que la de un movimiento involuntario de la mano ó del pie. He explicado esto detenidamente en el suplemento á mi Memoria premiada sobre la libertad de la voluntad, que se titula *De la libertad intelectual*. Para no repetir, remito allí al lector.

Todo hombre que produce una obra cualquiera se excusa cuando no ha resultado perfecta, diciendo que no le ha faltado buena voluntad. Cree salvar así lo esencial, aquello de que es verdaderamente responsable, su propio yo. Cuanto á la insuficiencia de sus facultades, no la atribuye mayor gravedad que á la falta de un utensilio preciso.

Se excusa á un torpe diciendo que no puede hacer más; si se quisiera disculpar del propio modo á un malvado, parecería una burla. Y sin embargo, torpeza y malignidad son innatas ambas. Esto muestra también que la voluntad es el hombre mismo y la inteligencia su instrumento.

La voluntad es la que se considera siempre como dependiente de nosotros; es decir, como la manifestación de nuestro propio ser; de ella es de lo que se nos hace siempre responsables. Por eso es absurdo é injusto pedirnos cuenta de nuestras creencias, ó sea de nuestro conocimiento, pues aunque éste sea propiedad nuestra, no podemos considerarlo de otro modo que como cosa tan independiente de nuestro poder como los hechos exteriores. Esto nos muestra igualmente que la voluntad es en el hombre el elemento íntimo y propio, y que la inteligencia con sus operaciones, que se efectúan en virtud de leyes tan regulares como las de los hechos externos no es, en relación á la voluntad, más que un mero instrumento exterior.

En todas partes se ha considerado á las altas facultades del espíritu como un presente de la naturaleza ó de los dioses y se las llama dones ó dotes, considerándolas como algo distinto del hombre y que éste ha obtenido por favor (*Gaben, Begabung, ingenii dotes, gifts, don*). Nunca se han mirado las cualidades morales desde el mismo punto de vista, aunque también sean innatas; se las considera como procedentes del hombre, como pertenecientes á él en propiedad, como constitutivas de su propio ser. Aquí vemos una vez más que la voluntad es la esencia, y la inteligencia lo accesorio, el instrumento.

Todas las religiones, de conformidad con esto, prometen recompensas eternas, más allá de la vida, á las cualidades de la voluntad ó del corazón, pero no á las de la cabeza ó de la inteligencia. La virtud espera su recompensa en el otro mundo, la ciencia en éste; el genio ni en el uno ni en el otro, él mismo es su recompensa. Por consiguiente, la voluntad es la parte inmortal, la inteligencia la parte temporal.